

—Ah! Es necesario que os dé una lección de geografía. Si, contra lo que esperais, el señor de Entraygues tuviese el capricho de entrar...

—Quedad tranquilo: no dejará su mesa de bacarat sino para ir á casa de su querida.

—Podria equivocarse de puerta y venir á casa de su mujer. Ya sabeis lo que son los malos hábitos.

—Es preciso no jurar nunca nada.

—Pues bien, si volvía á esta casa y llamaba á mi puerta, segun hizo el dia de mi santo, porque su querida le recordó que aquel dia era el de mis dias, pasareis por mi tocador.... Pero es necesario que yo os lo enseñe todo.

Aliza condujo al señor de Parisis á su tocador, despues de lo cual le hizo cruzar la sala de baños y le mostró una escalera descubierta que guiaba hasta el jardin.

—Cuando llegueis al jardin, dijo ella, ya vereis que las paredes son fáciles de escalar. Este jardin conduce á otro, y este otro, si no me engaño, dá sobre la calle de Courcelles; no temais nada, no encontrareis allí ningun lazo.

—No hay otros lazos, exclamó el jóven, que los formados por estos dos hermosos brazos que me encadenan á vuestras plantas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 3525 MONTERREY, MEXICO

## XX.

## EL REY DE THULÉ.

Entre tanto el jóven pasaba sobre su garganta las hermosas manos de la condesa.

—Oh! Dios mio, exclamó; os habia invitado á tomar una taza de té y mi gente está acostada.

—Que contratiempo! dijo Octavio. Yo que solo habia venido para esto.

—Ello es tanto mas sensible cuanto yo hubiese podido haceros apreciar mi viejo Sevres. Ved sino esta maravilla sobre esta consola.

—Tanto mas sensible, señora, cuando teneis una chimenea preciosa, cuando he visto en vuestro tocador una hermosa tetera de plata y cuando vuestras manos pueden y van á prepararme una taza.

Octavio no era amigo de retorcer el cuello á sus aventuras. Un práctico en el amor saborea la novela capítulo por capítulo, sin precipitar el desenlace.

La señora de Entraygues no se hizo de rogar y puso la tetera al fuego miéntras que el señor de Parisis traía el servicio sobre un velador dorado sostenido por tres sirenas esculpidas.

Octavio admiró la forma esbelta, el color fresco, las delicadas flores de aquel servicio que habia sido trabajado para Trianon.

—Es admirable, dijo, nunca habia visto formas mas esquisitas ni colores mejor combinados. Esta azucarera es una alhaja.

—Prefiero la tetera. Ved que bien dibujada está el asa; que bien perfilado está el cuello.

—Creéis, señora, que este servicio ha tenido alguna vez en Trianon la buena fortuna de ser acariciado por lábios tan amantes como los nuestros?

Y Octavio besó á Aliza.

—Octavio, decididamente sentís mucha sed, dijo la señora de Entraygues riendo.

—Como el viejo Sevres, sois de una pasta esquisita.

—Y tierna.

Octavio iba á besar otra vez á Aliza.

—Chist! dijo esta, ya está hirviendo el agua.

—Que cancion tan hermosa! comprendo que los poetas hayan hablado de las sinfonias que brotan de una cafetera hirviendo; yo tengo en mi cuarto una cafetera que me recuerda mi infancia. Mi abuela me meció al rumor de su agua cuando hervia.

—Fuisteis educado en la edad de oro, pero mi abuela me educó en los duos de Antony, de Lelia y de Fausto.

Aliza cantó entonces en voz baja una estrofa del Rey de Thulé.

—Oh! cantad, cantad, dijo el mancebo. Vais á clavar mi amor á esta cancion.

—Si, como se clava una mariposa en un herbario.

—Careced de talento; pero cantadme esa hermosa balada.

La señora de Entraigues cantó con el acompañamiento de la cafetera y del rechinamiento de la leña en la chimenea.

Y cantó casi tan bien como la señora de Carvallio aquella balada que Gounod ha puesto en música.

Mientras cantaba, Octavio paseaba su mirada de fuego en aquella belleza expansiva. Era todo un poema de veinte y cuatro cantos, empezando por sus blondos y desordenados cabellos y terminando por sus piececitos que jugaban en los chapines.

Aliza era un poco gruesa y blanca, ligeramente rosada, ligeramente morena, como si el sol hubiera pasado algun tiempo acariciando su rostro. Aunque fuese una muger del Norte se distinguía por la negligencia de las habaneras. Vivía acostada, dejaba el lecho por el sofá y el sofá por su carruage; así es que cumplía una ruda penitencia cuando el domingo en la misa de una se arrodillaba en San Felipe del Roule entre sus amigas. La madre del señor de Entraygues le habia dicho mas de una vez: «Ve con tiento con tu muger; es romántica y coqueta.» El joven marido habia contestado á su madre: «No hay que temer: es demasiado perezosa.»

Un fisonomista diestro no hubiese dado esta res-

puesta. Y en efecto los ojos de Aliza, estos terribles ojos verde mar con reflejos cambiantes que no dicen jamás el secreto del corazón, revelaban un alma turbada por amorosos sueños, como la mar por las nubes que encierran la tempestad. Existen mugeres que se muestran como son por sus miradas, que se las penetra desde el primer golpe de vista, como esas fuentes que brotan de la montaña en su primer lecho virginal y que son fuentes que ningún lábio humano há aun tocado. Pero existen mugeres profundas como la mar; el ojo se pierde en ellas; cuanto mas se cree conocerlas mas se penetra en el abismo. «Loco es quien fia en ellas,» decia Francisco I delante de estas mugeres. El señor de Entraygues no conocia tan bien las mugeres como Francisco I; no habia aprendido á leer en este libro del bien y del mal, en esta obra divina que Dios entregó al diablo.

Existen mugeres que están al abrigo de la tentación por su figura; las pasiones no llaman á todas las puertas; dejan dormir en la vida aquellas almas que no revisten una forma atractiva. La belleza que no cae de su pedestal de marmol es un ángel de virtud. La fealdad que muere inmaculada no merece ser canonizada. Esto sin embargo, necesario es decirlo: la fealdad absoluta no existe, y toda muger, cualquiera que sea su máscara, tiene su cuarto de hora de brillo y de hermosura.

Ya que no por la pasión, la señora de Entraygues era creada para la voluptuosidad: ojos de mirada pro-

funda y brillante, lábios rojos, un bosque de cabellos que invadia su garganta y sus orejas, cejas que casi estaban unidas y que parecian pintadas por lo enérgico de su dibujo, largas pestañas que acentuaban aun la espresion misteriosa de sus ojos. El óvalo de su semblante era quizá demasiado redondo; pero se veia embellecido por una segunda barba cuya ondeante línea se confundia dulcemente bajo la primera. Sus orejas eran una alhaja cincelada en carne; quizá eran demasiado coloradas; pero en estos tiempos de anemia, quien se quejará al ver que la sangre circula? En aquella noche la condesa llevaba grandes anillos pompeyanos puestos en moda por las mugeres escéntricas.

El señor de Parisis no detenia sus ojos unicamente en la figura: á semejanza de un viagero que ha entrevisto el país desconocido, paseaba sus miradas aquí y allí desde la cabeza á los piés, sobre montañas y valles, penetrando por entre aquel trage algo diáfano, admirando las superficies del hombro, las gracias abandonadas de la garganta y el rosado marmol del brazo.

—Que pié tan hermoso! dijo á Aliza despues de un momento de silencio.

Y sin que ella lo advirtiese ó fingiendo que no lo advertia, el jóven cogió su pié en el chapin como hubiera tomado su mano en su manchon.

Las doncellas que leerán esta novela quizá preguntarán porque el señor de Parisis iba á las doce de

la noche á casa de la señora de Entraygues; siendo así, que no era ni su muger ni su hermana: yo contestaré á las doncellas que el té de la señora condesa era muy bueno.

## XXI.

## DONDE OCTAVIO ECHA SU COPA AL MAR.

La señora de Entraygues habia puesto un poco de té en la tetera y Octavio quiso coger el agua hirviendo.

—No, dijo la jóven, hay un medio de verter el agua que vos no conoceis.

Y con una gracia hermosísima derramó en la tetera una cascadita de agua hirviendo. Un dulce vapor perfumó aquel cuarto.

Aliza presentó la azucarera á Octavio.

—Permitid, señora, que tome un poco de azúcar.

Cogió los dedos de la señora de Entraygues y los puso en la azucarera con una dulzura ideal.

—En verdad, dijo ella, cogiendo dos pedacitos de azúcar, que me hariais pasar por un ojo de alfiler: jamas hubiese creido que mi mano pudiese entrar aquí.

—Y ahora, dijo Octavio, dadme mucho té porque conozco qué será esquisito.

Se llenaron las dos tazas.

—Que color tan hermoso! dijo Aliza. Se diria que es oro fundido.